



Espiritualidad

8/09/2015

Hablamos tanto hoy de espiritualidad que corremos el riesgo de que el término se desgaste de tal modo que acabe por no tener el efecto iluminador de nuestra existencia que de él se espera o se podría esperar. Me gustaría contribuir con esta meditación al esclarecimiento de este concepto tan importante en la experiencia humana y en la experiencia cristiana, en sus diversas formas, tanto en la vida laical, como en la religiosa o sacerdotal.

El término "espiritualidad" viene de "*espíritu*" y por tanto la espiritualidad tiene que ver con el espíritu y con la vida en el espíritu. Pero si profundizamos lo que se entiende por espíritu, descubrimos que en nuestro lenguaje, sobre todo en el latino, "*espíritu*" evoca el soplo vital de nuestra respiración, evoca la vida, evoca el movimiento, como una inclinación que hace que lo que está animado por ese espíritu, se mueva en la dirección de un objeto o de una grandeza que le atrae. Podemos decir que el espíritu y por consiguiente la "espiritualidad", en su origen etimológico, evoca una experiencia de vida que nos invita a "salir" de nosotros mismos. Parafraseando un modo de hablar que le gusta mucho a nuestro papa Francisco, ser espiritual, vivir la espiritualidad, dejarse mover por el espíritu, es colocarse en una actitud de "salida", en una actitud que no nos permite encerrarnos en nosotros mismos.

Desde el punto de vista cristiano, el Espíritu al que nos referimos al hablar de espiritualidad es el Espíritu Santo. En san Lucas se dice: "Padre, en tus manos entrego mi Espíritu" (Lc 23,46); y en san Juan: "Habiendo tomado el vinagre dijo: Todo está consumado e inclinando la cabeza, *entregó el Espíritu*" (Jn 19,30). Fue este Espíritu el que el Señor prometió como consolador y defensor de sus discípulos y que sopló sobre ellos en la tarde del día de la Resurrección: "Entonces sopló sobre ellos y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo. Aquellos a quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados, aquellos a quienes se los retengáis, les serán retenidos*" (Jn 20,22-23).

San Pablo habla también del Espíritu que recibimos en nuestro bautismo, el Espíritu de filiación que nos hace exclamar ¡Abba! ¡Padre! (Rom 8, Gal.4). En estas dos cartas y en estas dos citaciones en las que dice que recibimos *el espíritu de filiación* por el cual tenemos la osadía de decir *Abba, Padre!*, san Pablo se sirve de la palabra aramea "abba" que Jesús utilizaba en su oración: "Abba! Padre, para ti todo es posible! Aparta de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad sino la tuya" (Mc 14,36).

Por lo tanto la espiritualidad es en nosotros, cristianos, vivir según el Espíritu Santo ese Espíritu Santo que nos ha sido dado, comenzando en nuestro bautismo y prosiguiendo en los demás sacramentos. Tertuliano decía que nadie nace cristiano; se hace cristiano por el bautismo. Y san Cipriano de Cartago decía: nadie puede tener a Dios como padre si no tiene a la Iglesia como madre. Somos pues hijos y hermanos de Dios, en la Iglesia nuestra madre.

La espiritualidad conyugal debe por eso ser construida y alimentada con la fuerza del "Espíritu Santo", de modo que los esposos, que si aman en el Señor, sean en realidad un signo sensible y eficaz del misterio de Cristo y de la Iglesia.

P. José Jacinto Ferreira de Fariás